

Hacia una pedagogía de la Universidad

LA UNIVERSIDAD, COMO TEMA DE ESTUDIO, OFRECE múltiples posibilidades a la investigación. Para la empresa se cuenta con muy diversos criterios algunos de los cuales ya tienen tradición y elevada jerarquía. Se han realizado así análisis de la Universidad desde los puntos de vista histórico, filosófico, sociológico, económico y hasta político, brindando contribuciones de valor inestimable para una teoría y una práctica de los centros de enseñanza superior. Sin embargo y si se hace una comparación superficial de esos trabajos con los que se han hecho en materia de pedagogía universitaria, llama la atención la escasez y el nivel de estos últimos. El hecho es todavía más sorprendente cuando ante un primer golpe de reflexión la Universidad se presenta como un problema pedagógico por excelencia en la medida en que se define como un organismo instructivo y educativo.

El desarrollo insuficiente de la pedagogía universitaria está determinado por motivos que pueden establecerse con precisión. Exponerlos es, simultáneamente, un buen recurso para superar esa insuficiencia y contribuir a hacer posible el progreso del tratamiento pedagógico de lo universitario colocándolo a una altura por lo menos equivalente a la alcanzada por los enfoques no pedagógicos.

La primera traba parece residir en las entrañas mismas de las disciplinas pedagógicas o, mejor dicho, en los problemas que se han planteado en el transcurso de su formación histórica. Hasta hace muy poco la pedagogía permanecía esclavizada a su viejo significado de conducción del niño y, con mucho pero fructífero esfuerzo, se va convirtiendo en pensamiento y norma de la educación del hombre a lo largo de toda su vida y en su doble aspecto de individuo y de miembro de la comunidad. La conquista de un peldaño más en el ascenso hacia

la ampliación de sus dominios le ha permitido, pues, a la pedagogía hacerse de una madurez que la acerca a las otras disciplinas que dan cuenta de la existencia humana en todas sus manifestaciones y, particularmente, de las culturales.

De este modo, y junto a una pedagogía de la comunidad, se ve crecer otra de las distintas edades del hombre que, además de darnos ideas y principios orientadores para la educación del niño, los proporciona para la formación del adolescente, del joven y del adulto. En otros términos: paralelamente al conocimiento y la regulación de la energía educadora de los factores socio-culturales, hay una pedagogía referida a la educación sistemática en los niveles pre-escolar, primario, medio y superior.

La segunda dificultad que se opone al otorgamiento de un puesto relevante para la pedagogía en el análisis y solución de las cuestiones universitarias suele encontrarse en la misma Universidad, y reviste la forma de un prejuicio antipedagógico muy común en los círculos académicos tanto humanísticos como científicos: los docentes universitarios —que sin duda lo son en virtud del acabado dominio de un sector cultural—, creen que el solo saber especializado es más que suficiente para cumplir la tarea enseñante en el ciclo superior, y que la individualidad está por encima de métodos didácticos y de sistemas pedagógicos.

En primera instancia no pueden oponerse reparos al argumento. Pero su análisis crítico lleva de inmediato a preguntar si toda la educación —y muy particularmente la educación superior— debe concebirse como una mera transmisión de conocimientos previamente elaborados y experimentados por un espíritu fogueado en los trabajos de la ciencia, las humanidades, el arte o la técnica. Si así fuese —y aunque así no fuese— es evidente que nada puede sustituir la gran individualidad que muchas veces educa por simple acción de contacto con los alumnos. El mismo argumento se autodestruye, puesto que tácitamente se reconoce que la educación es mucho más que mera transmisión y entrenamiento y este es principio que todo pedagogo postula como hipótesis de trabajo. Además no se trata aquí sólo de la personalidad del profesor, sino también de la personalidad del alumno que constituye el punto de partida de todo acto formativo.

El hecho de que sea preciso modificar la concepción del método como regla impersonal y rígida, no debe suponer la negación de todo método. ¿Es que acaso algo puede enseñarse sin orden ni sistema y con ignorancia de todos los factores que entran en juego en el proceso instructivo? Todo educador —cualquiera sea su nivel— se mueve dentro de un proceso complejo y total. ¿Por qué razón en la Universidad ha de olvidarse esa totalidad y esa complejidad que requiere penetración y lúcida conciencia? La Universidad es, por esencia, una comunidad educativa específica y, como tal, reclama un severo examen pedagógico. Nació de propósitos educativos conforme a los cuales se hizo de una determinada estructura. Tiene fines formativos y culturales y planes que sirven a esos fines; profesores que los desarrollan en el doble plano de la docencia y la investigación y, sobre todo, alumnos que los cursan. Es decir que, aunque en un plano diferente, posee los mismos elementos que las ciencias de la educación estudian en los otros ciclos escolares.

En ningún momento hemos dicho que nunca se hubiese considerado pedagógicamente a la Universidad. Lo que queremos expresar es que hasta hoy la pedagogía universitaria ha sido o empírica o intuitiva, salvo en lo que se refiere a los grandes objetivos, territorio en el cual la pedagogía de la Universidad toca los límites de una filosofía y de una sociología de la Universidad. La pedagogía que actualmente quiere desarrollarse es una pedagogía científica y sistemática y lo suficientemente amplia como para integrar los múltiples enfoques y elementos de las Casas de enseñanza superior en categorías educativas conscientemente elaboradas.

Los primeros pasos están dados y se observa un interesante movimiento en todo el mundo hacia la constitución de una pedagogía universitaria de bases científicas. Pero este trabajo preparatorio debe cimentarse en supuestos y principios que le den la solidez necesaria y deseada. La nueva pedagogía universitaria se inspira así en una idea de la Universidad como expresión de una época muy singular y como un organismo dotado de una profunda vocación de servicio social. Desde esa idea la pedagogía universitaria podrá manejar con comodidad los temas que específicamente le competen. Junto a la teleología educativa de la Universidad, su temática surge de la realidad universitaria y tiene armas para enfrentarlos con objetividad. Así el pedagogo

universitario se encontrará con que además de los fines y funciones de la Universidad le es preciso estudiar a fondo los sistemas de organización universitaria, la estructuración docente en sus vinculaciones con la investigación, la coordinación de los programas y su ubicación funcional en planes de estudio elaborados y desarrollados experimentalmente, los medios para el conocimiento y la orientación de los alumnos, tanto como las condiciones que faciliten su formación integral, y los métodos específicos de la enseñanza de alto nivel que, respetando la estructura del alma juvenil, puedan permitir el libre juego de la desarrollada individualidad de los profesores. Y si fuese necesario agregar temas impuestos por esta época, comprenderá que en primer término está el que se refiere al cumplimiento de los deberes pedagógicos de la Universidad para con su medio y la comunidad en la cual y de la cual vive.

En la ejecución de su temática el pedagogo de la Universidad dará todavía con otro inconveniente: el carácter altamente diferenciado y especializado de los estudios superiores. Pero éste es inconveniente que no procede de prejuicios ni de una supuesta falta de madurez científica, sino de la realidad misma que a nuestra disciplina le toca explorar y conducir. Para superarlo no queda otra salida que evadir el formalismo y colocar la reflexión pedagógica en el cruce del enfoque educativo general con las peculiaridades de los diversos contenidos culturales —en este caso educativos— que coexisten en el ámbito universitario. De este modo la pedagogía universitaria se convertirá no sólo en un instrumento eficaz para orientar el más alto de los grados educativos, sino que arrojará luz sobre el camino por el cual la Universidad debe lanzarse decididamente: la formación integral de universitarios capaces de comprender su misión por encima de tecnicismos exclusivistas y unilaterales.

PROF. RICARDO NASSIF

Jefe Interino del Departamento de Ciencias de la Educación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación